

## NOTAS GENERACIONALES PARA LA ACCIÓN COMUNITARIA CON JÓVENES DE SECTORES EMPOBRECIDOS

*Klaudio Duarte*<sup>1</sup>  
Licenciado en Sociología

### Resumen

El trabajo de intervención-acción con sujetos jóvenes ha tendido a afirmarse en un paradigma adultocéntrico –con todos los lastres que la observación ajena implica para el sujeto observado–, a saber: homogeneización, estigmatización, naturalización y desdibujamiento del sujeto juvenil. A partir de esto, se propone una revisión de los obstáculos para el estudio del sujeto juvenil en general (y en sectores empobrecidos en particular), con vistas a reconstruir las categorías que permitan el establecimiento de los criterios que dan cuenta de la identidad juvenil individual y comunitaria, desde la perspectiva del ser joven mismo. A través de nociones como “comunidad”, “territorio”, “ambiente”, “sentido de pertenencia” –entre otras–, se propone contribuir al desarrollo de un paradigma de estudio de las juventudes sin apelar a las categorías propias de la posición adultocéntrica.

**Palabras claves:** jóvenes, acción comunitaria, comunidades, adultocentrismo.

### Abstract

*Intervention task in youth contexts has set around an adultcentric paradigm –with all the prejudices that an outsider view entails for the observed person–, that is: homogenization, stigma, naturalization and blurring out of young population properties. Regarding this, we discuss the obstacles for studying young people (generally speaking), and young people from impoverished areas (in particular); trying to rebuild some concepts that enable us to settle propitious criteria for young's people identity (communal and individually speaking); but always from youth perspective. From concepts such as “community”, “territory”, “environment” –among others–, we propose the development of a paradigm for youth studies that leave behind ideas related to an adultcentric perspective.*

**Key words:** youth, community action, community, adultcentric perspective.

---

1 Sociólogo y Educador Popular. Coordinador Académico del Diplomado en Investigación y Acción en Mundos Juveniles y del Núcleo de Investigación en Juventudes, del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile (cduarte@uchile.cl).

Las nociones de comunidad han sido debatidas, enfatizando en su acepción idílica que plantean una suerte de asimilación de dicha noción con la existencia esencial de atributos como el bienestar, la acción compartida y la felicidad humana y, asimismo, como conjunto de significados que apuntan a institucionalidades de diversa cobertura (local, regional, nacional e internacional); ámbitos de convivencia social; “prácticas, servicios e iniciativas de alcance colectivo”; llegando hasta a sistematizarse en ciertas corrientes de pensamiento (Caride, 2006: 158). De ahí que podría constituir una cierta trampa este uso polifónico, que no logra delimitar con precisión de qué se habla, produciendo homogeneización en las realidades a las que se refiere, mitificando las tensiones y polémicas en dichas realidades, resolviendo a favor de los discursos hegemónicos de los grupos con capacidad de control, y que toda estrategia de comunidad implica que debe ser única y consensuada (Barbero y Cortés, 2005 en Caride, 2006).

En ese sentido, desprovista la noción de comunidad de estos significados –por lo demás apriorísticos–, se requiere dotarla nuevamente de sentidos que partan por considerar el carácter de construcción social de la misma (y por lo tanto el dinamismo y especificidad que dichos significados adquirirán): *dinamismo* referido a la permanente transformación de las condiciones en que se origina comunidad –en tanto los contextos se modifican y los actores ahí vinculados también cambian en una dialéctica infinita– y, *especificidad*, ya que los contextos poseen características culturales, sociales, políticas, ambientales propias y sus gentes que las habitan también se van moldeando en relación con estos contextos.

A partir de este dinamismo y especificidad, concebimos *comunidad como las diversas resultantes de procesos sociales de articulación de sentidos en la acción colectiva, que otorgan una cierta unidad en torno a elementos comunes a los sujetos que en dichos procesos se vinculan*. Estos elementos comunes pueden ser parte de la raíz y puntos de partida de los procesos (así como de sus producciones o de sus propósitos y resultados), vale decir, aparecen en todo los trayectos que la producción de comunidad implica.

En las experiencias de producción de comunidades desde los mundos juveniles en sectores empobrecidos, las experiencias desplegadas y sistematizadas nos muestran tres de estos elementos comunes: los *territorios* que dichas comunidades se producen–concretizan, el *ambiente* que les da cuerpo y el *sentido de pertenencia* –como parte de las subjetividades que en ella se producen (Duarte, 2004, 2006 y 2010).

- i. La acepción de *territorio* va más allá de las delimitaciones técnicas y burocráticas. Se ha de poner énfasis en los elementos que remiten a

las “coordinadas espacio-temporales contextuales y medioambientales (ya que), siguen desempeñando un papel clave en la explicación y comprensión de las realidades sociales, así como de los procesos de acción-intervención social que se pretende implementar, respecto de los que el territorio –al que es necesario descargar de sus connotaciones cartográficas y administrativas– sigue funcionando como un sustrato significativo de las interacciones sociales y del comportamiento sociocultural” (Caride, 2006; 160). Para el caso de los mundos juveniles, la vinculación al territorio, entendido como el espacio donde se vive (barrio, villa, provincia) y/o estudia (liceo, universidad, etc.), donde se despliega una cierta acción colectiva (plaza pública, parque para práctica de deportes, centros de consumo, etc.), ha venido a constituirse en las últimas décadas en referente que otorga elementos para la articulación de sentidos identitarios (Pérez y Mejía, 1997; Espinoza, 1999; Chaves, 2010).

- ii. La noción que se aúna a territorio es la de *ambiente* y refiere a la densidad y características que asumen las relaciones sociales que los sujetos despliegan en los diversos territorios que habitan. Los modos de relacionarse en una colectividad y percibir –objetivar– dichas relaciones son una dimensión fundante de lo comunitario en tanto aportan elementos vitales para construir los marcos de interpretación (Delgado, 2009) de las experiencias ahí vividas. En ese sentido, “*comunidad* es más inteligible cuando se objetiva o matiza con otras expresiones que la acompañan (escolar, religiosa, vecinal, científica, cultural, familiar, etc.), reflejo de la cohesión y socialización que generan distintas formas de estar en el mundo y de adoptar un marco cultural con el que definir ciertos ámbitos de la vida cotidiana de las personas<sup>2</sup>” (Caride, 2006: 162).
- iii. Esta tríada conceptual se completa con la noción de *sentidos de pertenencia*, que refiere a las significaciones que los sujetos atribuyen a sus experiencias y a los imaginarios que en torno a ellas construyen para delimitar modos de anclaje en sus vidas. En los mundos juveniles “la pertenencia territorial constituye en este tiempo un elemento que fortalece el proceso de construcción de identidades en las y los jóvenes. Lo que en décadas pasadas lo conformaba la identidad de clase, que en el caso de las juventudes se planteaba por su procedencia familiar: “ser hijo de obrero” o “ser hijo de clase media”, hoy día tiene una expresión alojada en lo simbólico que se enraíza en el territorio desde el

---

2 Cursiva en el original.

cual se proviene” (Duarte, 2004: 34). En este sentido, la capacidad de participación que despliega cada sujeto en su experiencia es vital para potenciar esta pertenencia a una cierta comunidad.

Estas tres dimensiones del orden subjetivo retoman el planteo de Lechner (2007) respecto a que los procesos de modernización están desplegándose distanciados y, podemos agregar en contradicción, con los intereses y sueños de los sujetos sociales. Dicha constatación enfatiza la importancia de las subjetividades, a partir de la dialéctica relación existente entre sus producciones específicas y los procesos sociales en los cuales ellas se dan (Muñoz V., 2009). En ese sentido, la interrogante por los tipos de sociabilidad, los modos de lo colectivo, en definitiva, las posibilidades de comunidad se vuelven pertinentes y urgentes.

Las lógicas del actual modo de desarrollo del capitalismo apuntan en la dirección de la no comunidad, constituyendo nuevas formas de una época de “sálvese quien pueda”: se niegan la producción de sentidos compartidos que motiven la activación en pos de acciones conjuntas (Garretón, 2000) pues, por una parte, se señala que ya no habría alternativa posible a las dificultades existentes (Fukuyama, 1992) y, por otra, porque se incita a entregar las capacidades de cambio y activación a la clase política para que represente dichos deseos si es que existieren (Gallardo, 1995). También se promueve la imagen de una cierta desterritorialización de las relaciones sociales entre jóvenes, ideologizando la construcción de una cierta sociabilidad que perdería humanidad ante la influencia de la virtualidad de las redes computacionales y de internet (Sandoval, 2003) y no se observa que ellas, lejos de negar las vinculaciones cara a cara, más bien las acercan y adelantan, lejos de negarlas (Pavez, 2008). En esta polémica, una estrategia posible para abordar las intenciones de comunidad proviene de la *acción comunitaria*.

A partir de la noción de comunidad señalada, la acción comunitaria es “antes que nada, un tipo de acción social” (Llena y Úcar, 2007; 18). Concebir la acción comunitaria como una acción social posibilita asumir su carácter fundante de lo social, su relación con los imaginarios en que ella se recrea y, al mismo tiempo, acentuar que se trata de una producción social, estructurante del ser social, así como de la sociedad misma.

De igual forma, la acción comunitaria puede ser comprendida en el horizonte que provee el concepto de acción colectiva que, para Delgado, implica “un fenómeno social que alude al proceso de coordinación de acciones entre individuos, organizaciones y movimientos sociales. Igualmente, se asume que uno de sus principales objetivos es influir de alguna manera

en los entornos sociopolíticos y culturales en los que se desenvuelve” (Delgado, 2009: 47). Intereses y deseos que en ciertos marcos de acción son definidos –de manera latente o manifiesta– por quienes se articulan en pos de propósitos de transformación de sus entornos y de sus propias vidas, en dialéctica relación con dichos entornos.

Con estos elementos en consideración, la acción comunitaria puede ser definida como un “macro concepto o un concepto inclusivo, dado que abarca todo un conjunto de acciones desarrolladas por una multitud de actores –que puede incorporar o no a profesionales– y que hacen referencia a espacios y escenarios compartidos. En dichas acciones se consensúan objetivos y se pactan significados de cara a alcanzar unas metas que se orientan hacia la transformación social. Estas acciones suponen el encuentro de lógicas y miradas e interpretaciones diversas que tratan de establecer un espacio común para el entendimiento; éste les permite compartir y participar en el desarrollo de unas acciones determinadas: *las acciones comunitarias*” (Llena y Úcar, 2007; 39).

De esta manera esta noción de acción comunitaria específica y vincula las nociones previas de acción social y acción colectiva, al mismo tiempo que establece su potencialidad en tanto interrelación mancomunada, que apunta a la transformación social y la mejora en la vida de las personas, lo que implica reflexividad de estos actores para comprender sus contextos –territorios, ambientes–, desplegando procesos que den cuenta de sus subjetividades –sentidos de pertenencia, identidades–<sup>3</sup>.

## (Des)encuentros generacionales en el territorio

Desde estos elementos se abren perspectivas para analizar la activación con los jóvenes como posibilidad de construcción de comunidad en sectores empobrecidos en Chile. Sin embargo, diversas experiencias desplegadas muestran tendencias a (des)encuentros generacionales que se producen en estos territorios. Estas situaciones aportan dificultades y oportunidades necesarias de tomar en cuenta en esta reflexión.

En nuestros contextos, a las situaciones de exclusión y marginación estructural –clase, género, etnicidad, entre otras– hemos de agregar el componente

---

3 Igualmente, acción comunitaria vincula y contiene un conjunto de conceptos específicos que remiten a: desarrollo comunitario, trabajo social comunitario, intervención comunitaria, animación sociocultural, organización comunitaria, apoyo social, entre otros, que no constituyen el eje de esta reflexión, pero que dan cuenta de la densidad política que tiene el enfoque asumido de la acción comunitaria (Llena y Úcar, 2007; 11-56).

de las relaciones intergeneracionales que en ellos se verifican. Diversas investigaciones y sistematizaciones de experiencias muestran algunas características de estas relaciones que podemos conceptualizar como:

- i. **Relaciones intergeneracionales de tipo *adultocéntricas*:** refieren a la matriz sociocultural que configura tanto los modos de relación social, las estructuras organizacionales, como los imaginarios producidos en torno a lo adulto y lo juvenil –así como de otras generaciones– en nuestras sociedades (Duarte, 1996). En esas producciones lo adulto es significado como lo potente, valioso y modelo a seguir, siendo las personas adultas concebidas como quienes poseen control respecto de niñas, niños y jóvenes, inhibiéndoles sus posibilidades de despliegue y crecimiento (Duarte, 2001).
- ii. **Indisposición y desconfianza ancestral de los jóvenes:** lo anterior lleva cada vez más a que los sujetos jóvenes desplieguen sus relaciones con los mundos adultos posicionados desde la desconfianza y en ocasiones desde el temor (INJUV, 1996). La reproducción de relaciones de dominio desde los mundos adultos inhibe los desarrollos juveniles en los términos que estos últimos desean e imaginan (Bourdieu, 1990). Estas situaciones son de mayor complejidad y densidad que los procesos de diferenciación en el marco de las construcciones identitarias, en los que también los jóvenes remarcan lo que diferencia y aleja por sobre lo que puede asemejar y unir.
- iii. **Estigmas desde los mundos adultos que niegan capacidades en los jóvenes:** los adultos tienden a desarrollar imaginarios y relaciones que reproducen la condición *adultocéntrica*, que tiene una de sus fuentes de nutrición en los estigmas construidos en torno a los modos de ser y hacerse joven de cada época (Muñoz, 2004). Priman por sobre todo las nociones negativas que apelan a una cierta condición esencial de maldad de los jóvenes y, aquellas de tipo positivas –que muestran una esencia vinculada a la pureza–, no sólo son menos en frecuencia (Duarte, 2002), sino que son las que desde los mundos adultos se definen como las esperadas y adecuadas socialmente. De esta forma los jóvenes, sus acciones y discursos son construidos como problemas sociales que han de generar sospecha, ya que se trataría de individuos sin capacidad de aporte a la sociedad (Duarte, 2003).
- iv. **Mundos adultos con pocas o nulas habilidades y muchos temores:** estas construcciones desde prejuicios deshumanizadores inciden en mundos adultos con pocas habilidades para relacionarse con sus jóvenes, y con muchos temores a lo que podrían implicar relaciones

democráticas y equitativas. Las diferencias en lo cotidiano tienden a ser resueltas por la sola imposición de la condición de “mayor” de parte de uno de los involucrados –en la escuela, en la familia, en el trabajo, en la organización social, en la política pública–; y muchos adultos reconocen sentir temor–pavor por las nuevas tendencias o estilos juveniles, lo que utilizan como justificación para actuar de forma unilateral (INJUV, 1996).

En el contexto descrito en el apartado anterior (de tendencias al individualismo y al ensimismamiento en Chile), las estructuras organizacionales barriales son asumidas mayoritariamente por adultos mayores. Los adultos, si bien participan, muestran repliegue respecto de lo que fueron las tendencias tradicionales –hasta el quiebre democrático del año 1973 en Chile, o en el período de protestas nacionales contra la dictadura militar entre 1983 y 1987 a lo largo de Chile–. Esto ha implicado que las relaciones intergeneracionales sean de baja calidad y que las posibilidades de trabajo conjunto –o al menos colaborativo– sean escasas (Muñoz A., 2010). De uno u otro lado se tiende a evitar el vínculo. Casi la totalidad de las organizaciones vecinales tradicionales (juntas de vecinos y clubes deportivos, por ejemplo) son dirigidas por personas adultas y adultas-mayores (con bajísima participación de jóvenes), salvo quizá con respecto al deporte, en donde son quienes componen los equipos de su categoría, pero no ocupan puestos de liderazgo y dirección.

De esta forma, los modos de acceder a la participación en sus territorios por parte de los jóvenes se estructuran desde la perspectiva de ganar espacios y de resistir a las prácticas adultocéntricas de los mayores (Duarte, 2004). Una de las concepciones a la base de sus experiencias es la sospecha –y a veces desconfianza– respecto de las intencionalidades y posibilidades de trabajo conjunto con adultos de organizaciones e instituciones. Su principal queja refiere a que se sienten utilizados y manipulados con fines que no responden a sus necesidades e intereses, sino que dan cuenta de propósitos que están predefinidos por los adultos (INJUV, 2010).

Otro ejemplo de estos desencuentros se observa en el plano de las imágenes que cada grupo generacional elabora respecto del otro. Desde los mundos adultos se tienden a relevar las imágenes elaboradas desde el prejuicio negativo sobre las características, intereses y acciones juveniles. De esta forma, un conjunto de estigmas ordenan las posibles relaciones entre adultos y jóvenes, materializando profundos procesos de deshumanización de dichas relaciones (Duarte, 2003). Criminalización, satanización, terrorificación, apatía e incluso anomia, son las ideas fuerza producidas respecto de los jóvenes, lo que evidencia (mal)trato, inhibiendo relaciones de encuentro

y posible colaboración. La sospecha permanente y la desconfianza hasta la descalificación son parte de la cotidianidad de estos (des)-encuentros. Hemos de señalar que los medios de comunicación constituyen un artefacto que alienta este tipo de construcción de imaginarios, con permanentes muestras de la peligrosidad juvenil (Duarte y Littin, 2002).

Desde los mundos juveniles arrecia la desconfianza. En algunos casos con argumentos provenientes de sus propias experiencias como víctimas de maltrato –familia, escuela, organización social de algún tipo–. Sin embargo, lo que se observa es que no existe reflexión crítica de dichas experiencias, sino que se resuelve a través de la totalización de las mismas, homogeneizando a los adultos como individuos que manipulan, reprimen y dificultan llevar adelante las propuestas juveniles (Duarte, 2004).

De esta forma podemos observar que estos desencuentros generacionales en el territorio dan cuenta de disputas y polémicas que tienen raíces diversas, pero que en concreto debilitan las posibilidades de acción comunitaria conjunta, así como refuerzan las tendencias a la fragmentación que se estimula desde el contexto global.

Estos desencuentros y “puentes rotos” (Duarte, 2002) existentes entre mundos juveniles y mundos adultos se verifican, entre otros ámbitos, en aquellos que refieren a los modos de acción con que se implementan experiencias comunitarias con jóvenes. Sobre esto reflexionamos en el próximo apartado.

### **(Des)criterios en la acción con jóvenes**

En este contexto, se pueden observar experiencias de acción comunitaria en que participan jóvenes, para reflexionar sobre la incidencia de estos elementos contextuales en ellas. La idea a la base es que se producen tensiones en las estrategias metodológicas de estas experiencias a propósito del contexto de fragmentación, de la reproducción de la matriz adultocéntrica y de la poca claridad en la perspectiva de comunidad que se utiliza. La mirada de esta dimensión apunta a relevar uno de los componentes de la acción comunitaria que refiere los criterios que se utilizan en estas experiencias para definir sus estrategias metodológicas, a partir de la interrogante sobre los aportes a la construcción de comunidad, los modos de vinculación de los jóvenes y la contribución a la transformación social.

Esta observación la hacemos en perspectiva generacional, vale decir, intentando poner de relieve los modos en que –en cada uno de los criterios

que consideraremos– se despliegan las relaciones entre generaciones, en especial entre jóvenes y adultos. Estos criterios apuntan a algunos de los aspectos que han resultado hallazgos de investigaciones sobre experiencias de acción comunitaria en que participan jóvenes y no pretenden agotar el campo, sino señalar las que aparecen como más relevantes (Duarte, 2004, 2006 y 2010).

- i. **¿A qué apuntan nuestras acciones (a procesos o a actividades)?** Muchas veces las acciones desplegadas en las comunidades no apuntan necesariamente a procesos, sino que tienden a agotarse en múltiples actividades de corto plazo (y con pocas o nulas conexiones entre ellas). Es necesario plantearse la producción y despliegue de procesos de largo plazo que permitan tener mayor incidencia en las realidades que se pretenden transformar. Por ello es importante revisar cuál es la interrogante que se plantea al diseñar estas acciones: *¿qué queremos hacer?* o, *¿qué queremos lograr?* La primera de estas remite a actividades y la segunda al diseño de procesos.

Por otro lado, cuando se actúa sólo desde las actividades suele ocurrir que las evaluaciones quedan reducidas a diversos aspectos de orden procedimental y logístico, dejando de lado cuestiones relevantes como, por ejemplo, si el contexto de acción se modificó en algún sentido a partir de dichas acciones, si se lograron cambios significativos en las acciones de determinados sujetos, etc.

La interrogante por los procesos apunta, entonces, a definir con claridad qué aspectos de las realidades personales, locales, nacionales, interesa transformar o contribuir a su transformación.

- ii. **¿Cómo construimos poder desde nuestras acciones?** Nuestras acciones son profundamente políticas. En esa línea es vital interrogarse por las transformaciones que se van logrando. Un indicador de esos cambios es que las poblaciones jóvenes y sus comunidades vayan asumiendo el control de sus vidas –autonomía, capacidad de opinión y deliberación, responsabilidad– y de las decisiones en los ámbitos que les importan –salud, trabajo, educación, cultura, recreación, medio ambiente, sexualidades, etc.–.

Abordar la vida de las poblaciones jóvenes y de sus comunidades remite a la constitución de sujetos que muestran capacidad para vincular sus logros personales con los logros colectivos de sus agrupaciones, familias y comunidades. En ese sentido, se pretende que las y los sujetos jóvenes descubran el carácter político que tiene la acción

comunitaria. Desde ahí, entonces, han de plantearse estrategias que asuman que no se trata de acciones sólo en lo individual, sino que debe considerarse la condición político-cultural que la misma tiene y los tipos de transformaciones a que se apunta.

Por ello, deben asumirse los conflictos que se generan por estas acciones comunitarias. Es decir, lo que se haga o se deje de hacer con poblaciones jóvenes se vuelve profundamente conflictivo, porque la vida lo es. Además, porque los enfoques desde los cuales se abordan van en sentido contrario a lo planteado como tradicional; y también porque se implementan acciones que otros no quieren hacer. Para esto, se ha de aprehender a asumir el conflicto –en su carácter político– como posibilidad de crecimiento-profundización y no como trauma que inmoviliza desde el miedo.

**iii. ¿Nos interesa incidir en las políticas locales, regionales y nacionales?**

No siempre se plantea como propósito de las acciones comunitarias la incidencia en las políticas locales y nacionales, lo que va mermando sus posibilidades de impacto y de sostenibilidad en el tiempo.

Se ha de abrir la mirada a constatar quiénes son los diversos actores que están involucrados en el campo de acción de la experiencia. Ellos pueden estar fuera de dicho campo, lo que implica que una línea de acción esté relacionada con conseguir, por ejemplo, que asuman su rol de garantes de derechos y cambien actitudes anteriores que producían vulnerabilidad. Esto puede exigir incluir acciones de sensibilización y compromiso de autoridades y actores con capacidad resolutive para la implementación de políticas públicas. Esto puede ayudar a que los cambios obtenidos sean sostenibles en el tiempo, pues están respaldados por este tipo de instrumentos. Lo central es que dichas políticas puedan ser creadas de manera participativa, con amplio aporte de las propias poblaciones jóvenes y demás actores involucrados, a lo que llamaremos *co-construcción de políticas* (Duarte 2004, Iglesias, 2001).

**iv. ¿Generamos sinergia en nuestra acción cotidiana?** Llama la atención,

en las diversas experiencias observadas, la baja consideración del conjunto de las comunidades –territoriales, ambientales, etc.– como posibles aliados para actuar de manera conjunta y colaborativa. Más bien, la acción se va reduciendo sólo a ciertos grupos o tipos específicos de jóvenes dentro de las poblaciones juveniles.

Por ello es vital la visibilización de los diversos tipos de actores –agrupaciones de distinto tipo e instituciones–, que existen en el territorio

en que se actúa, por ejemplo, a través de catastros en que se enfatizan los diversos recursos y energías con que cuenta cada actor y en qué ámbitos puede aportar. Esto permitirá establecer con quiénes y de qué manera se pueden generar vínculos para actuar de manera conjunta, produciendo “enredamientos”, acciones en red. Al mismo tiempo, es necesario definir en qué momentos y qué tipo de vínculos han de establecerse, de manera que sean los ritmos y condiciones del contexto los que vayan dando luces sobre las acciones mancomunadas a desplegar.

Un aspecto relevante en este criterio apunta a la necesaria reflexión crítica en torno a la tendencia a la *juvenilización* que se observa en estas experiencias. Refiere a la concentración exclusiva y que termina siendo excluyente de la experiencia sólo en jóvenes, evitando o no considerando la articulación con otros grupos generacionales. La propuesta apunta a la concepción de comunidad como un espacio de relaciones generacionales, lo que exige considerar a la acción comunitaria desde dicho componente generacional (inter e intra). Es posible que en determinados contextos sea necesario mantener y promover agrupaciones juveniles, es decir, integradas sólo por jóvenes, lo que se puede potenciar con experiencias de vinculación y colaboración con agrupaciones, organizaciones e instituciones formadas por otros grupos generacionales.

- v. **¿Cuáles son los estilos pedagógicos en las experiencias?** Una de las tensiones principales que se observan en diversas experiencias es que se reproducen lógicas escolarizadas en ellas. Algunas son: la frontalidad en el vínculo, la verticalidad del mismo, la transmisión unilateral de conocimientos y la no producción colectiva de los mismos, la no consideración de las experiencias de los jóvenes en el proceso, la no incorporación de la corporalidad como elemento colaborador en el proceso, la memorización y acumulación de información por sobre la experimentación y producción autónoma, entre otros.

De esta forma, aquellas características centrales del proceso pedagógico escolar han de ser interrogadas para definir su pertinencia en el proceso que se pretende implementar. Uno de los aspectos específicos de esta modalidad escolar es lo que Freire (2005) denominó “bancaria”, y que, en la acción comunitaria con jóvenes, aparece como la transmisión de conocimientos que invisibiliza y niega los aportes que los jóvenes pueden realizar.

Una alta incidencia en el cambio de los estilos pedagógicos en experiencias comunitarias en que participan jóvenes es el cambio de enfoque

en lo que respecta a las concepciones con las cuales se les observa y comprende. Se requiere que quienes se vincularán con los jóvenes se preparen en una epistemología de lo juvenil que discuta las nociones adultocéntricas, desnaturalice las explicaciones construidas sobre los modos de acción e imaginarios juveniles y que historicice sus prácticas y propuestas, así como que sea capaz de distinguir los diversos modos de hacerse joven en nuestra sociedad.

**vi. ¿Qué relevancia tiene la consideración de lo territorial en las acciones comunitarias con jóvenes?** A partir de lo señalado en el primer apartado de este texto, podemos enfatizar la necesidad de que la consideración del territorio –simbólico y/o material– exige su inclusión estratégica en la acción comunitaria. Se trata del escenario en el cual se despliegan las acciones de los jóvenes y de sus comunidades; se trata de un referente en la producción de identidades a partir del sentido de pertenencia que contiene en esta época; y constituye el espacio-ambiente a que se refieren los cambios que se pretenden lograr: *es lo que se quiere cambiar*.

Los desafíos pedagógicos y metodológicos que ello implica apuntan a su inclusión como contenido de los procesos formativos y políticos que se desplegarán. Lo territorial puede ser un importante elemento de la conversación social que se implemente en el marco de los procesos de acción comunitaria y su vínculo con la comunidad que se pretende lograr puede favorecer y potenciar dicha conversación.

**vii. ¿De qué manera participan los jóvenes en las experiencias comunitarias?** Una de las dimensiones de mayor debate en la acción comunitaria en que se vinculan jóvenes se relaciona con el carácter que asume la participación juvenil. Por ello, a lo largo de este texto, se ha usado intencionadamente la noción de “vinculación de jóvenes”, pues no es irrelevante señalar que se trata de experiencias “para jóvenes”, “por la juventud”, “desde las y los jóvenes”, “con las y los jóvenes”, “entre jóvenes”, ya que –aún vinculándose jóvenes en ellas– puede tratarse de iniciativas “sin jóvenes”. Las experiencias observadas muestran que las tendencias ideales según jóvenes y los equipos que se vinculan con ellos refieren a que se construyan sentidos colaborativos e incluyentes “implementando estrategias *con, desde y entre* las poblaciones jóvenes” (Duarte 2006, Cap. III; 6).

En esa dirección, Diego Palma (1999) sugiere avanzar en procesos comunitarios que se sostengan sobre lógicas de *participación sustantiva*, que se caracterizan por la virtuosa articulación entre las capacidades

de participar y las oportunidades que en el contexto se producen para ello (Palma, 1999). Complementario a ello, quienes conforman los equipos de educadores y profesionales han de desplegar destrezas para observar y relevar las capacidades y potencialidades que poseen los jóvenes en tiempo presente y sus posibilidades de aportar en la construcción de sus vidas y la de su entorno cercano; esto requiere que, sin caer en una comprensión mesiánica de las y los jóvenes, se visibilicen sus aportes.

La acción comunitaria, comprendida como experiencia pedagógica (Úcar y Llena, 2006), puede potenciarse si se asume a estos jóvenes como protagonistas de su proceso, ello va en la dirección contraria a la escolarización –que les concibe sólo como receptores pasivos– y fortalece lo antes señalado en torno a una pedagogía que pone su confianza en los jóvenes participantes de ella (Freire, 2005).

Estos criterios sugeridos para la acción comunitaria con jóvenes pueden aparecer incompletos; sin embargo, insisto en su carácter dinámico y que la observación en ella también lo es, por lo que no existe pretensión de clausura. Desde esta mirada es que se sistematizaron estos siete criterios, que se ajustan a la orientación del texto en producción. Se trata de aquellos que muestran un vínculo más claro con la reflexión sobre la acción comunitaria con jóvenes y las articulaciones generacionales. Sobre este último aspecto reflexionamos en el apartado siguiente.

### **Acción comunitaria y construcción de comunidad. Alternativas de nuestro tiempo**

Si comunidad, decíamos antes, alude a la producción social de lo común a partir de acciones mancomunadas para la transformación societal, *lo comunitario* deviene en las características que le otorgan identidad a esos procesos. ¿Cuáles serían entonces las características de acciones comunitarias desplegadas desde mundos juveniles? ¿Cuáles serían sus aportes en procesos de construcción de comunidad en contextos de “capitalismo salvaje”?

Las sistematizaciones e investigaciones que surgen desde experiencias comunitarias con jóvenes muestran al menos tres características identitarias en estos procesos: solidaridad, autonomía y dignidad. Ha de considerarse que cada una de ellas no remite a un estado definitivo, sino a la resultante de un proceso con tensiones y oportunidades.

- i. Solidaridades de jóvenes.* Si bien esta es una de las características más cercanas a uno de los discursos estigmatizadores sobre jóvenes de las producciones adultocéntricas –“joven voluntario” como contrapartida al “joven violento”–, en este caso pretendemos relevar la propia identificación que los discursos de jóvenes producen para señalar una de sus principales motivaciones para agruparse y desplegar acciones sociales: “ayudar a los demás”, “transformar la sociedad”, “cambiar el estado de las cosas” (Duarte, 2002). Lo común, lo compartido, aquello que produce colectividad es la acción que beneficia a otros y aquella que se propone transformar las condiciones que producen muerte en vida.
- ii. Autonomías y capacidad de actoría política.* Resulta vital para los jóvenes activarse socialmente desde sus propias motivaciones e intereses, enfatizando que desean hacerlo “sin que haya otros que nos digan qué hacer” (Duarte, 2002; 45). Esta noción de autonomía en la acción tiene una cara luminosa y es que releva las potencialidades y capacidades de hacer que los jóvenes muestran desde hace décadas en sus procesos y proyectos comunitarios –a pesar de las dificultades para las y los actores adultos de reconocerlo y respetarlo– y, al mismo tiempo, una cara oscura, que refiere al uso de esta capacidad en el extremo de la no vinculación con otros actores adultos/as, niños y niñas, etc., tendiendo a la ya mencionada juvenilización de la acción comunitaria.
- iii. Dignidad e identidades.* Los sentidos de pertenencia para los jóvenes resultan vitales en su construcción identitaria: “yo soy punk”, “soy de Los de Abajo”, “amo mi skate”, “soy pentecostal”, muestran la relevancia de la vinculación “hacia adentro” de su grupalidad, a partir de atributos identitarios que caracterizan a las diversas culturas juveniles<sup>4</sup>. En ese sentido, la activación en sus comunidades les aportan parte de dichos atributos y resultan un piso fundante de su constitución identitaria. Ello es transformado en muchas oportunidades en condición de resistencia a los diversos modos de agresión –simbólicas y/o materiales– que sufren de parte de los mundos adultos, por ello se transforma en una plataforma de lucha que apela a su condición de dignidad desde su producción de identidad.

---

4 No uso la noción de culturas juveniles que enfatiza en la espectacularidad de las mismas (Feixa, 1998) sino más bien aquella que refiere a sus producciones y posicionamientos políticos en los territorios-ambientes en que se despliegan (Reguillo, 2000).

Desde estas características, básicamente enunciadas, se abren perspectivas para analizar la activación con los jóvenes como posibilidad de construcción de comunidad en sectores empobrecidos en Chile.

Para avanzar en esta lógica, algunas consideraciones se vuelven fundamentales: por una parte, la necesidad de que al hablar de jóvenes se expliciten los contextos en que esos jóvenes se despliegan –valorando y enfatizando las diversidades de modos de ser joven y de constituirse de las juventudes–, de manera de no homogeneizar discursivamente ni construir imágenes que no permiten establecer distinciones entre experiencias plurales y dinámicas.

Un segundo aspecto refiere a la necesaria valoración de los jóvenes en sí mismos, a partir de sus producciones propias y no siempre en comparaciones con lo pasado o con lo esperado. Vale decir, tensionar la capacidad analítica para que los propios jóvenes produzcan argumentaciones que fundamenten sus apuestas y que desde los mundos adultos se produzcan versiones sobre lo juvenil –diverso y plural– escuchando y significando en concordancia con lo que estos sujetos plantean. Esto no constituye una apelación a la no crítica ni a una búsqueda de asepsia en el análisis social, sino más bien refuerza la búsqueda de diálogos con las experiencias juveniles, para constituir puntos de encuentro de trayectos y proyectos comunes desde enfoques generacionales.

En esa perspectiva se hace necesario disponer de otros lentes para mirar y comprender estos procesos de constitución de los jóvenes en nuestra historia y de los modos de abordar las disputas que esos procesos plantean. Mientras mantengamos las lógicas de la carencia, el peligro y la amenaza social no lograremos avanzar en nuevas conceptualizaciones, reproduciremos los imaginarios y las prácticas asimétricas propias del adultocentrismo. De igual forma, mientras promovamos imágenes fundadas en racionalidades esencialistas que mesianizan a los jóvenes como portadores inherentes del cambio social –y los veamos como disponibles para la acción política “porque son jóvenes” y porque están viviendo una supuesta etapa de idealismos y rebeldías–, seguimos reproduciendo nociones naturalizadoras del ser joven y de las disputas a que nos hemos referido.

Necesitamos modificar el enfoque. Mirar con otros ojos y abrirnos para relevar los posibles aportes que los jóvenes pueden hacer a la transformación de nuestras realidades. Para ello, es vital aprehender a comprender los mundos juveniles desde sus potencialidades y capacidades como ejes de nuevas lecturas. Es decir, partir desde la pregunta por las contribuciones

que los jóvenes, en diversos espacios sociales, pueden hacer a las dinámicas colectivas, institucionales, etc.

Lo anterior implica poner en debate los modos de ejercer poder que los mundos adultos efectúan sobre los mundos juveniles, estructurando relaciones de dominación que inhiben el despliegue autónomo y digno de estos sujetos jóvenes. Al mismo tiempo, resulta propio de ese movimiento crítico la elaboración de alternativas para la generación de estilos relacionales democráticos y de respeto generacional, buscando apoyar el reencuentro entre generaciones y, al mismo tiempo, el empoderamiento de sujetos considerados “menores” en nuestra sociedad: niños y jóvenes. En ese sentido apostamos por la posibilidad de construir poderes colaborativos desde los espacios de vínculos cotidianos e íntimos, que permitan acumular capacidad de control en pos de irradiar dichos logros hacia espacios locales y nacionales, en donde estos sujetos –hasta ahora subordinados y ninguneados– puedan constituirse como actores sociales, es decir, ciudadanos en tiempo presente.

Estas relaciones equitativas entre generaciones, sustentadas en el respeto y la colaboración, exigen aprendizajes que permitan la cooperación intergeneracional (Duarte, 2007). Las estrategias hasta ahora usadas muestran que los diálogos intergeneracionales en territorios y comunidades específicas son una posibilidad para avanzar en la reconstrucción de los “puentes rotos” (Duarte, 2006). En estos procesos, “la vuelta a lo comunitario” puede ser potenciada sobre una “vuelta a la experiencia”; como punto para gatillar la conversación social entre los diversos grupos generacionales. La transmisión de conocimientos –en el estilo escolar de las sociedades industriales– y la posesión-transmisión de información de las sociedades tecnologizadas, presentan modos relacionales entre generaciones que no siempre ayudan en estas perspectivas de colaboración (Mead, 1997). Las experiencias observadas muestran que las pistas culturales que los pueblos originarios entregan en sus vivencias, en que las relaciones entre grupos generacionales se daban principalmente a través de la transmisión de experiencias (Feixa, 1998), puede ser una clave a indagar para mirar las posibilidades de actualización–recreación en tiempo presente.

Este enfoque abre posibilidades también para los sujetos adultos, en tanto les posibilita rehacer las nociones tradicionales adultocéntricas que han significado, en el contexto de sociedades capitalistas, el ser adulto como lo autoritario, rígido, no afectivo, aburrido, establecido y con sensación de haber llegado a un punto terminal, es decir, negando toda dinámica y recreación de las identidades de estos sujetos. Es por ello que esta apuesta

por equidad intergeneracional también es una oportunidad para la constitución de sujetos adultos de nuevo tipo, con capacidad de soñar y de proponer alternativas, constituyendo una adultez alternativa a los modelos asimétricos y conservadores propios del adultocentrismo.

De esta forma, hemos planteado algunas pistas como posibilidades-oportunidades que se abren, si es que se incorporan horizontes de equidad generacional en la acción comunitaria con jóvenes. Esta acción comunitaria, en tanto acción humana que constituye sociedad –con sus fortalezas y debilidades–, puede participar con alta incidencia en intentar enmendar el rumbo del malestar social, la fragmentación y el individualismo diagnosticado. La perspectiva de comunidad, en tanto construcción colectiva, puede ofrecer alternativas de humanización, bien común y solidaridad. Los jóvenes de sectores empobrecidos tienen un aporte vital que realizar en dichos procesos.

## Referencias bibliográficas

BARBERO, J.M. y CORTÉS, F. (2005). *Trabajo comunitario, organización y desarrollo social*. Madrid: Alianza Editorial.

BOURDIEU, P. (1990). “La juventud no es más que una palabra”. En *Sociología y Cultura*. México: Grijalbo.

CARIDE, J. (2006). “La educación social en la acción comunitaria”. En Úcar Xavier y Llena Asun (coordinadores). *Miradas y diálogos en torno a la acción comunitaria*. Barcelona: Graó, pp. 157-194.

CHAVES, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

DELGADO, R. (2009). *Acción colectiva y sujetos sociales*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

DUARTE, K. (2010). “Desafíos que las condiciones juveniles de América Latina y el Caribe le plantean a los procesos investigativos en juventudes”. En *Juventud: Investigación-acción*. Bogotá: Agencia española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (en imprenta).

DUARTE, K. (2006). *Género, Generaciones y Derechos: nuevos enfoques de trabajo con jóvenes. Una caja de herramientas*. Bolivia: UNFPA y Family Care International.

DUARTE, K. (2005). “Trayectorias en la construcción de una Sociología de lo Juvenil en Chile”. En *Revista Persona y Sociedad*. Volumen 19, N° 2, pp. 163-182. Santiago: Universidad Alberto Hurtado.

DUARTE, K. (2004). *Potencialidades Juveniles en la Coconstrucción de Políticas Locales de Juventudes*. Santiago: Asociación Chilena por Naciones Unidas.

DUARTE, K. (2003). "Jóvenes entre la maldad y la pureza. A propósito de los treinta años del golpe militar contra el pueblo chileno". En *Revista Erial* N° 10. Lo Espejo: Programa Caleta Sur, pp. 19-23.

DUARTE, K. (2002). "Mundos jóvenes, mundos adultos: lo generacional y la reconstrucción de los puentes rotos en el liceo. Una mirada desde la convivencia escolar". En *Revista Última Década* N° 16. Viña del Mar: CIDPA.

DUARTE, K. y LITTIN, C. (2002). *Niños, Niñas y Jóvenes: construyendo imágenes en la Prensa Escrita*. Asociación Chilena por Naciones Unidas, Santiago.

DUARTE, K. (2001). "¿Juventud o Juventudes? Versiones, trampas, pistas y ejes para acercarnos progresivamente a los mundos juveniles". En *Acerca de Jóvenes, Contraculturas y Sociedad Adultocéntrica*. Klaudio Duarte y Danahé Zambrano (Editores). San José: Departamento Ecuménico de Investigaciones DEI.

DUARTE, K. (1996). *Juventud Popular. El rollo entre ser lo que queremos o ser lo que nos imponen*. Santiago: LOM Ediciones. 2ª edición.

ESPINOZA, A. (1999). "Mi barrio es zona crema: territorialidad y conflicto en un grupo barrial de la Trinchera Norte". En Panfichi Aldo y Valcárcel Marcel Editores. *JUVENTUD: Sociedad y Cultura*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

FEIXA, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*. Barcelona: Ariel.

FREIRE, P. (2005). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI Editores.

FUKUYAMA, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. México: Editorial Planeta.

GALLARDO, H. (1995). "América Latina en la década de los noventa". En *Revista Pasos* N° 59. San José de Costa Rica: Departamento Ecuménico de Investigaciones. Mayo-junio, pp. 15-37.

GARRETÓN, M. (2000). *La sociedad en que vivi(re)mos. Introducción sociológica al cambio de siglo*. Santiago: LOM ediciones.

IGLESIS, A. (2001). "Políticas de Juventud: entre la fragilidad y el desconcierto. Algunas pistas para construir rutas desde lo local". En *Revista Última Década* N° 14. Viña del Mar: CIDPA.

INJUV (2010). *Sexta Encuesta Nacional de Juventud. Principales resultados*. Santiago: INJUV.

- INJUV (1996). *Visión del mundo adulto con respecto a los jóvenes en la cultura urbana chilena*. Santiago: INJUV.
- LECHNER, N. (2007). "Desafíos de un desarrollo humano: individualización y capital social". En Kliksberg y Tomassini (compiladores), *Capital Social y Cultura: Claves Estratégicas para el Desarrollo*. Buenos Aires: BID/FCE de Argentina, pp. 101-127.
- LENA, A. y ÚCAR, X. "Acción comunitaria: miradas y diálogos interdisciplinarios e interprofesionales". En Úcar Xavier y Lena Asun (coordinadores). *Miradas y diálogos en torno a la acción comunitaria*. Barcelona Graó, pp. 11-56.
- MEAD, M. (1997). *Cultura y compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional*. México: Gedisa.
- MUÑOZ, A. (2010). "El voluntariado visto desde las y los jóvenes voluntarios claves para su comprensión". En Revista *Observatorio de Juventud*, N° 26. Santiago: INJUV, pp. 35-46.
- MUÑOZ, V. (2009). "Condiciones «Post» y Asociatividad Juvenil: Preguntas por lo Político en México y Chile". En Revista *Última Década* N° 25. Valparaíso: CIDPA.
- PALMA, D. (1999). *La participación y la construcción de ciudadanía*. Documento de Trabajo N° 27. Santiago: Universidad de Arte y Ciencias Sociales.
- PAVEZ, M. (2008). *Nativos e inmigrantes digitales: caracterización exploratoria de estudiantes universitarios*. Tesis de grado de Magíster en Antropología y Desarrollo. Santiago: Universidad de Chile.
- PÉREZ, D. y MEJÍA, M. (1997). *De calles, parches, galladas y escuelas; transformaciones en los procesos de socialización de los jóvenes de hoy*. Bogotá: CINEP.
- PNUD (1998). *Desarrollo Humano en Chile, 1998: las paradojas de la modernización*. Santiago: PNUD.
- REGUILLO, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires: Norma.
- SALAZAR, G. y PINTO, J. (2002). *Historia contemporánea de Chile. Niñez y juventud*. Tomo V. Santiago: Lom Ediciones.
- SANDOVAL, M. (2003). *Jóvenes del Siglo XXI. Sujetos y actores en una sociedad en cambio*. Santiago: Universidad Cardenal Raúl Silva Henríquez.